

ESTUDIOS FRENOLÓGICOS.

ARTÍCULO 2.º

Achaque es y muy antiguo el deseo de conocer las disposiciones intelectuales y morales del hombre, guiándose por señales exteriores: lo que no es de extrañar, porque siendo la curiosidad una de nuestras inclinaciones más vivas, natural es que se investigue con empeño, qué es lo que se encierra en ese interior que con tantos velos se encubre. Aristóteles, Aulo Gelio, Cicerón y otros escritores antiguos, nos hablan de los fisonomistas y astrólogos de su tiempo; y el pobre Sócrates á quien parece que los adivinos profesaban enemiga, se vió tratado de necio por un tal Zopiro á quien se le antojó regalarle este dictado, porque diz que tenía la parte anterior del cuello muy carnuda.

Teniendo presente sin duda aquello de

El mentir de las estrellas
Es muy seguro mentir,

se dieron muchos á pronosticar por lo que de sí arrojaban los astros, suponiendo no sé qué relaciones entre ellos y nuestras inclinaciones naturales; y para contrariar este peligroso error, que podía conducir al fatalismo, se dijo aquella profunda sentencia *sapiens dominabitur astris*. Contra la vanidad de semejantes supersticiones nos previno la Sagrada Escritura condenando de la manera más explícita y terminante las insensatas prácticas de los gentiles, con respecto á pronosticar, por medio de los astros, aquellos acontecimientos que dependen de la libre voluntad del hombre.

Las historias antiguas y modernas están llenas de relacio-

nes en que se echa de ver con cuánto ahinco se ha procurado en todos tiempos excogitar expedientes para aventurar pronósticos sobre los actos de nuestra voluntad; pero ha sucedido con harta frecuencia que la realidad ha venido á disipar las vanas predicciones de la preocupación ó de la mala fe. Ya entre los mismos gentiles habían caído en mucho descrédito estas artes; y cuéntase que en Roma no podían los agoreros mirarse recíprocamente sin reirse. «¡Cuántos y cuántos arúspices tuve yo! decía donosamente Plauto; si me prometen bien, llega muy tarde; si mal, lo tengo luego encima.»

He heu quam ego habui hariolos aruspices,
qui si quid boni promittunt, pro spisso evenit,
id quod mali promittunt, presentiarum est.

Estos hechos nos indican la viva inclinación que se abriga en el corazón humano de buscar por medios extraordinarios el conocimiento de las cosas ocultas, por lo cual es de la mayor importancia aclarar bien las ideas sobre todos los puntos que puedan tener algunas relaciones con cualquier linaje de pronósticos. Aun en nuestros tiempos, estamos viendo que el vulgo se deja alucinar fácilmente, cuando el que augura sabe hacerlo con sagacidad; no siendo raro que algunas personas busquen por caminos tenebrosos y extravagantes, noticias y previsiones á que el hombre no puede alcanzar por sus propias fuerzas.

Por lo que dijimos al fin del artículo anterior, se deja conocer, que no consideramos como del todo inútil el estudio y la observación sobre la configuración del cráneo en sus relaciones con el tamaño del cerebro y con las facultades del alma: pero en materias tan delicadas conviene no olvidar que es muy fácil que se traspasen los límites debidos, y que salvando los de la ciencia, se entre en el terreno de la ilusión. Por esto hemos indicado la raíz del mal; pues que una vez conocido su origen se hace más fácil atajarle.

Propuestas ya las dificultades que se ofrecen con res-

pecto á la proporci3n del tama1o de las partes del cr3neo con las potencias del alma, nada nos queda que decir sobre este particular; porque lo que se lleva aplicado á la parte intelectual, puede decirse tambi3n de la moral; y militar3 en pro 3 en contra de 3sta lo que milite en pro 3 en contra de aqu3lla.

Sin embargo, como la cuesti3n puede ser mirada bajo distintos puntos de vista, y adem3s es mucha la trascendencia de todo cuanto concierne á relaciones morales, bueno ser3 que examinemos la Frenologia con respecto á la moral; no sea que desliz3ndose equivocaciones peligrosas sufra menoscabo alguno de los grandes principios sin los cuales no puede vivir ni la sociedad ni el individuo. En su lugar procuramos evitar que la mala inteligencia no introdujese el *materialismo*; ahora nos proponemos cerrar la puerta al *fatalismo*.

Oigamos primero al Sr. Cubi. «Son las facultades impulsativas i afectivas unos instintos ziegos, que nos impelen i conmueven. Su atribuzi3n no es perzibir o dar conocimiento de los objetos esternos ni de sus relaciones, sino producir una tend3nzia o propension h3zia una aczi3n determinada, i una conmozion o afecto correspondiente al resultado de la misma aczi3n. La filojenitura, por ejemplo, produze una propension a estar en la compa1a de criaturas, i un afecto al mismo tiempo que llamamos «amor de hijos,» que corresponde al resultado de aquella propension satisfecha.» (*Manual de Frenologia*, p3g. 25.)

La experiencia de lo que sentimos en el fondo de nuestra alma nos est3 diciendo que en realidad tenemos ciertos movimientos interiores de que no podemos darnos completa raz3n, sin que sepamos de ellos otra cosa sino que son unos impulsos que nos llevan á buscar un objeto 3 á huir de 3l, aun antes de que hayamos reflexionado. ¿Qui3n no se ha encontrado de repente con la presencia de una persona amada, de un padre, de un hijo, de un hermano, de un amigo, y no ha tendido involuntariamente los brazos para estrecharle contra su coraz3n? ¿Qui3n

ignora el hechizo instant3neo con que obra sobre un pecho juvenil una pasi3n fascinadora? ¿Qui3n al verse acometido, no se ha colocado instintivamente en actitud de defensa 3 apelado á la fuga? Que si hablar quisi3ramos de los apetitos puramente animales, y exclusivamente dirigidos á la conservaci3n del individuo 3 de la especie, se hace m3s sensible, si cabe, la existencia de estos instintos. Sin que hayamos menester reflexi3n, el hambre nos inclina al alimento que tenemos á la vista, y la sed nos hace tender la mano á la copa en que ondea el licor con que podemos apagarla.

Asi, no tenemos inconveniente en confesar la existencia de esas *facultades impulsativas y afectivas*, 3 *instintos ciegos*, 3 como se quiera apellidarlos; y aun creemos que nadie podr3 oponer reparos á una verdad que todo el mundo conoce y á cada paso se1ala. «Las pasiones son ciegas,» «los apetitos deben ser gobernados por la raz3n, si no queremos asemejarnos á los brutos» y otras expresiones por el mismo tenor, se oyen continuamente hasta en boca de los m3s ignorantes.

Pero no podemos estar de acuerdo con el Sr. Cubi en lo que afirma á continuaci3n, y nos parece que 3 este se1or se expresa con inexactitud 3 que su doctrina entra1a errores muy graves. «Las facultades impulsativas, dice, son: unas, animales, i otras, relijioso morales. Las facultades animales no des3an sino una satisfacci3n puramente egoista o individual, i moment3nea. Las facultades relijioso-morales des3an una satisfacci3n que tambien se refiere al bien ajeno o al tiempo futuro, o a 3mbos. Las primeras residen en la parte inferior de la cabeza desde las sienes h3zia atras, i las segundas, en la parte superior de la cabeza, segun se ve marcado en la figura que est3 en frente de la portada. Los 3rganos lim3trofes partizipan mas o menos de la naturaleza moral i animal, segun su posizi3n relativa. Entre los impulsos animales i los relijioso-morales, esto es, entre el des3o de mirar esclusivamente para s3 en el momento actual, i el des3o de mirar prinzipalmen-

te para otros i lo futuro, hai en el hombre una constante lucha mental. Si sobrepujan esclusivamente los primeros impulsos, es el hombre absolutamente egoista, obra solo para sus intereses i fines individuales; si sobrepujan absolutamente los morales, se olvida de sí el hombre, i no obra mas que para el interes ajeno. En uno i otro caso se obra mal, i se sufre el irremisible condigno castigo. Ambas rejiones deben obrar simultáneamente, preponderando la relijiosa-moral dirigida por un conozimiento positivo de resultados, que lo subministra el intelecto perzeptivo i reflexivo bien intelijenziado. Solo en este último modo de obrar se zifra la relijion, la virtud i la moral; lo demas es debilidad, vizio o crimen.» (*Ibid.*)

Como son muchas las ideas contenidas en este pasaje, será conveniente examinarlas por separado. En primer lugar parece muy impropio, por no calificarlo de otra manera, el poner las *facultades religioso-morales* en la clase de los *instintos ciegos*; esto cuando menos exigía una aclaración de que no se debía prescindir. Si se hubiese dicho que nuestra alma abriga naturalmente sentimientos que pueden apellidarse religiosos y morales por el objeto á que se enderezan, hubiérase dicho lo mismo que tal vez desearía significar el Sr. Cubí; pero la expresión habría sido más propia, y sobre todo más acomodada á la capacidad del común de los lectores, no permitiéndoles confundir cosas que pertenecen á un orden muy distinto. Preséntase de improviso á nuestros ojos un infeliz que nos tiende la mano en actitud suplicante; nuestro corazón se siente herido, y ó buscamos desde luego el medio de socorrerle, ó tratamos de apartarle de nuestra vista para no padecer. En esta afección que experimentamos hay dos cosas que deslindar: la impresión primitiva, dolorosa, que nos hace compartir en algún modo el sufrimiento del desgraciado, sin que nos sea posible evitarlo; y en esto no hay propiamente hablando ni relijion ni moral; es una sensación como las demás, y cuya mayor ó menor viveza depende de la organización y otras circunstancias, más ó menos cono-

cidas. Con aquel sufrimiento que experimentamos á la vista del infortunio, nace en nuestro pecho el deseo de *socorrer*; socorriendo nos sentimos aliviados, desahogados, el corazón late dulcemente, y asoman á nuestros ojos lagrimas de apacible ternura. He aquí otra inclinación natural, que puede denominarse moral y religiosa, porque nos impulsa á llenar un deber que nos prescriben la relijion y la moral; pero que no será verdaderamente digna de tal nombre, hasta que obre dirigida por la razón y gobernada por la libre voluntad. Creemos que esta será la mente del señor Cubí; y en tal caso lejos de dirigir un ataque á su doctrina, no habremos hecho más que aclararla.

Nadie ha negado nunca la existencia de estos sentimientos naturalmente buenos; nadie puede dudar que la inefable bondad del Criador nos ha favorecido con ellos para que nos sirviesen de impulso en el camino de la virtud, para que nos guiasen, recordándonos la senda del deber, cuando nos empeñamos en abandonarla. Vive el rico en medio del lujo, de la disipación y de los placeres, consumiéndolos lastimosamente una fortuna que, bien empleada, llevaría el alivio y consuelo á centenares de familias; al ostentarse ufano y rozagante con soberbio ademán y costosos aderezos, le sale inopinadamente al encuentro un infeliz cubierto de andrajos y transido de miseria, haciendo resonar á sus oídos un penetrante plañido; el semblante del rico se demuda, y muestra que el corazón padece; ¿negamos nosotros este sentimiento natural, instantáneo? no; antes decimos que es la voz de la misma naturaleza, que obedeciendo al precepto del Criador le dice: «cumple con tu deber, ó sufre.»

Establece el Sr. Cubí una diferencia muy notable entre las facultades animales y las religioso-morales, la cual consiste en que aquéllas no *desean sino una satisfacción puramente egoista, individual y momentánea*, y éstas *desean una satisfacción que también se refiere al bien ajeno, ó al tiempo futuro, ó á ambos*. Si no nos engañamos, esta misma distinción está indicando que tan pronto como obran estas [fa-

cultades en lo que tienen de instintivo se les agregan algunos actos de la razón y voluntad. En efecto: si así no fuese, ¿cómo sería dable concebir que tuviesen por blanco el bien ajeno, ó el tiempo futuro, de tal suerte que entrasen ya en algún modo en el orden de la religión y de la moral? Tanta verdad es lo que acabamos de decir, que si la doctrina del Sr. Cubí no se modificase con este correctivo, se seguiría de ella que también los brutos tienen instintos religioso-morales. La razón de esta consecuencia está en que también los brutos están dotados de ciertos instintos, que miran al bien ajeno ó al tiempo futuro: por lo que si estas circunstancias bastasen para constituir el carácter religioso-moral, también lo disfrutarían algunos instintos de los brutos. Entre los animales, la madre que da la leche ó de comer á sus pequeñitos, no busca el bien propio, sino el ajeno; así como el ave que forma su nido no mira al tiempo presente, sino al futuro.

No hay pues religión ni moral propiamente dichas en los instintos, en cuanto se consideran con abstracción de todo acto de razón y de voluntad; y si se quiere darles tal nombre, es preciso no confundir las ideas, no atribuyéndoselo en otro sentido, sino en cuanto son una especie de agujones y auxiliares que para obrar el bien nos ha otorgado el Criador.

Todavía, á pesar de estas aclaraciones y correctivos, párecenos que resulta muy inexacta la doctrina que estamos examinando; y no podemos convenir en que estén bien calificados ni designados los instintos religioso-morales diciendo que son los que miran al bien ajeno, ó al tiempo futuro ó á ambos. ¿Por qué se honra con el dictado de religioso morales tan sólo á los instintos que reúnen estas circunstancias? ¿Por ventura no existen otros que no mirando directamente al bien ajeno ni al tiempo futuro, se enderezan no obstante á un objeto que puede estar muy acorde con la religión y la moral, y hasta ser un riguroso precepto, de que al hombre no le sea lícito dispensarse? El instinto de apartarnos de un inminente peligro de la

vida, ¿no lleva al hombre á un acto á que le obligaría también la razón, si mediase el tiempo de reflexionar? Y sin embargo, entonces no se trata ni de bien ajeno, ni de tiempo futuro. En la inclinación á comer, ó como la llama el Sr. Cubí, la *alimentividad*, se verifica lo mismo que en el deseo de conservarse ó *conservatividad*, y por cierto que tan obligatorio es á los ojos de la religión y de la moral el apartarse de debajo de un edificio que se desploma, ó el comer cuando es necesario para conservar la vida, como el dar limosna al pobre que se halla en la necesidad más extrema.

Si bien se observa, no hay instinto ó sentimiento en el hombre que no pueda servir para el bien como para el mal, según el uso que de él se haga; y por tanto lejos de calificar á estos ó aquellos de religioso morales, hablaremos más exactamente diciendo, que en sí son indiferentes, pero que sus actos son buenos ó malos según se conforman ó nó con la razón, ó lo que es lo mismo con la ley eterna. ¿Qué cosa más moral á primera vista que la compasión? y sin embargo en ciertos casos el escuchar sus inspiraciones podría ser una infracción de las leyes, un atentado contra la sociedad. ¿Qué diríamos de un juez que declarase inocentes á los grandes criminales, por compadecerse del mal que les irrogaría con la aplicación de la pena? La *acometividad*, que pudiera comprenderse en el nombre de ira, ó en el de alguno de sus efectos, podrá llevar al crimen ó al heroísmo según las circunstancias que la acompañen. El soldado que cumpliendo con su deber acomete decididamente al enemigo arrojando todo linaje de peligros, ejerce un acto de *acometividad*, virtuoso y heroico. El mismo soldado arrojándose con espada en mano sobre el compañero de quien se cree ofendido, ejerce un acto de *acometividad* criminal, digno de ser castigado por las leyes divinas y humanas. La *filogenitura*, ó amor de los hijos, puede ser también virtuosa ó culpable según la manera con que se la pone en práctica. Si conduce á cuidar bien de la manutención y educación de los hijos, es digna

de alabanza; pero si los echa á perder con desmedidas consideraciones, si permite ó causa que se desarrollen sus inclinaciones malas y que vegeten en la ignorancia, entonces es merecedora de duro vituperio.

De esto se infiere con toda evidencia, que hay cuando menos mucha inexactitud en la clasificación del Sr. Cubí, y que la denominación de *religioso-moral* está aplicada con impropiedad. Supuesta la inteligencia y el libre albedrío, es moral todo lo que se conforma con la ley eterna, es inmoral todo lo que se opone á ella: he aquí en breves palabras cuanto puede decirse en esta materia; lo demás es divagar apartándose de lo que enseña la sana filosofía y de lo que nos está dictando el sentido común del humano linaje. Sin inteligencia no es posible concebir moral, y por esto no se la encuentra en los brutos: cuando el hombre obra sin el uso de ella, no obra como hombre, sus actos no podrán nunca ser considerados como morales. Todas las inclinaciones son buenas y por tanto morales, si de ellas usamos bien, si no les permitimos que nos impulsen á ejercer actos contrarios á la ley eterna, si las empleamos para mayor cumplimiento de nuestros deberes; todas son malas, é inmorales, si dejándolas cual caballo sin freno, consentimos que nos arrastren al olvido de nuestras obligaciones y á la infracción de la ley.

Nunca se percibe mejor la inexactitud de una definición fundamental, que á medida que se van desarrollando las doctrinas que en la misma estriban, haciéndose de ellas algunas aplicaciones: entonces se experimenta el vacío ó el error que no se había conocido á primera vista; como acontece con los instrumentos mal contruídos que engañan quizás con su hermosura, pero que ponen de manifiesto sus defectos tan pronto como se los usa. Esto se verifica cabalmente en la definición del Sr. Cubí: mirada superficialmente es muy especiosa, encierra un no sé qué de filosófico que deslumbra y seduce; pero examinada á fondo se descubre que lo interior no corresponde con la superficie. Vamos á probarlo.

Explicando el citado escritor la lucha de inclinaciones que siente el hombre, dice que esta es constante entre los impulsos animales y los religioso-morales, esto es, *entre el deseo de mirar exclusivamente para sí en el momento actual, y el deseo de mirar principalmente para otros y lo futuro*. Hagamos resaltar toda la falsedad que aquí se encierra recordando un ejemplo doloroso y harto frecuente. Hállase un hombre con una pistola en la mano, y se siente inclinado á dispararla contra su frente; el instinto de conservación le detiene, y hasta, prescindiendo de toda idea de la otra vida, le retrae de su atentado, le aconseja que *mire exclusivamente para sí en aquel momento*: ¿por ventura son inmorales en este caso las inspiraciones del instinto? ¿Dejando de mirar *por sí en aquel momento*, no ejercería un acto muy malo?

«Si sobrepujan exclusivamente los primeros impulsos (los animales), continúa el escritor, es el hombre absolutamente egoísta, obra sólo para sus intereses y fines individuales; si sobrepujan absolutamente los morales, se olvida de sí el hombre, y no obra más que para el interés ajeno. *En uno y otro caso se obra mal*, y se sufre el irremisible castigo.» He aquí la chocante consecuencia á que se halla conducido el Sr. Cubí por la mala definición de los términos. Siempre se ha creído y se cree todavía, que el absoluto predominio de la parte moral hacia el hombre bueno, perfecto; pero según se acaba de ver, la preponderancia absoluta de los instintos morales hace también que el hombre obre mal, que sea digno de irremisible castigo. ¿Querrá significar el Sr. Cubí que el hombre llegue á ser malo obrando muy bien? Estamos seguros que nó; pero antes había sentido que los instintos religioso-morales eran los que miraban al bien ajeno y al tiempo futuro, y como es evidente que por este camino podemos obrar mal, pues tenemos también rigurosos deberes que cumplir con respecto á nosotros mismos y al tiempo presente, resulta que tomada la moralidad en sentido tan impropio, podía un hombre hacerse inmoral á fuerza de ser

moral. Expresión absurda, á no ser que se hablase con aquella discreta indulgencia que empleaba el papa Inocencio XII cuando después de haber condenado la obra del inmortal Fenelón decía, *que el piadoso arzobispo había pecado por un exceso de amor de Dios.*

La belleza y sublimidad de las acciones que suponen gran desprendimiento de sí mismo, resplandecen sin duda en primera línea cuando se trata de apreciar acciones morales; pero esto no autoriza para trastornar las ideas hasta tal punto, que no se vea moral allí donde el hombre piensa para los otros ó para el tiempo futuro. Debemos amar á los demás, pero tampoco estamos obligados á olvidarnos de nosotros mismos; y esto es tanta verdad, que la ley de Dios al prescribirnos el amor del prójimo, nos dice que lo amemos como á nosotros mismos: *sicut te ipsum.*

No creemos que pueda sostenerse sin restricción lo que asienta el Sr. Cubí de que el hombre obre mal cuando no obra *sino para el interés ajeno*; porque semejante doctrina pudiera conducirnos hasta el extremo de condenar aquellas vidas heroicas que se consagraron enteras al servicio y consuelo de la humanidad. ¿Y quién á tanto se atreviera? ¿quién no pronuncia con respeto los nombres de aquellos Santos, que fijo su corazón en el cielo, se miraban á sí mismos como una víctima que se debía sacrificar en provecho de sus hermanos? El cimiento de la Religión cristiana, el augusto misterio de nuestra redención, ¿no es por ventura un acto de sublime desprendimiento, de negación de sí mismo, para entregarse sin reserva á los tormentos y á la muerte?

Resulta pues que el error contenido en la definición del Sr. Cubí, ora le lleva á trastornar la verdadera idea de la moral, no condecorando con este nombre sino aquellas inclinaciones que tienden *al bien de los otros* ó al tiempo futuro, ora le conduce á condenar (sin intención, sin duda) aquellas vidas que se consagran enteras al interés ajeno. Pero, se nos dirá, esos hombres de heroico desprendimiento

también miraban en algún modo para sí mismos, pues obraban con la esperanza de alcanzar el galardón en la morada de los Santos; mas esta réplica en nada obsta á las dificultades objetadas á la doctrina del Sr. Cubí; porque este escritor cuando habla de mirar *para sí*, se refiere á los instintos *animales, egoístas* que sólo tienden á objetos presentes; luego, según él, los hombres que no los hayan satisfecho, que los hayan combatido mientras vivieron sobre la tierra, que murieron según la carne para vivir sólo en espíritu, se excedieron dejando prevalecer únicamente los instintos morales, y por lo mismo *obraron mal.* Esto es un error, grave, gravísimo, porque destruye nada menos que el espíritu de perfección, aparta á los hombres de la práctica de las virtudes austeras, se opone directamente al Evangelio que no se contenta con imponernos los preceptos cuyo cumplimiento nos es necesario para alcanzar la vida eterna, sino que nos indica el camino de la perfección que consiste en desprenderse de sí mismo, en *negarse* á sí mismo, en *abrazar la cruz y seguir á Jesucristo.* ¿Quién no recuerda los muchos pasajes del Evangelio donde se inculca tan sublime doctrina? ¿Quién ignora que la vida de los Apóstoles y de todos los Santos fué una imitación del ejemplo que les dió el divino Maestro, *siendo el primero en practicar lo que enseñaba?*

Dice el Sr. Cubí que *en uno y otro caso*, ora prevalezcan exclusivamente los instintos animales; ora los morales, se *obra mal*, y se sufre el *irremisible castigo.* ¿De qué castigo habláis, cuando son los morales los que predominan? ¿Os referís tal vez á la extenuación y á las enfermedades del cuerpo? En tal caso, si no hay más que una sobreabundancia de moral, el resultado dañoso al cuerpo será un mal físico, mas no un castigo. Si tuvierais á la vista una hermana de la Caridad con el semblante flaco y demudado, por haber pasado muchas noches á la cabecera de un enfermo, ¿os aríais pensar en castigo descargado por el Criador sobre aquella heroica y angelical criatura? Lejos de hablar de pena hablaríais sin duda de altas recom-

pensas, y por vuestra parte se las ofrecierais ya, tributándole la expresión de vuestra admiración y entusiasmo. Que si se nos dijese que la naturaleza contrariada y trastornada en sus funciones, reclama sus derechos, haciendo sufrir al imprudente que atenta á la armonía de sus leyes, entonces responderemos que no hay culpa y por consiguiente ni castigo, cuando se quebranta la armonía de la naturaleza en fuerza de otra armonía superior, que es á la primera lo que el espíritu al cuerpo, lo que el cielo á la tierra.

Si bien se observa, la admirable armonía de la creación se sostiene con esos aparentes trastornos que subordinados al plan del Supremo Hacedor contribuyen á la perfección y hermosura del Universo. Pierden su vida las plantas, y esta pérdida sirve á conservar la de los animales; de éstos, algunos se sustentan con la destrucción de los demás; y el hombre para su alimento y otros usos, se ve precisado á dar la muerte á los brutos y á los vegetales. Así no hay falta de armonía, no hay culpa, no hay merecimiento de pena, cuando un ser que por su naturaleza está destinado á sacrificarse por otro ser, cumple el objeto que le ha señalado el Criador; y por consiguiente cuando los instintos animales se comprimen y hasta se ahogan en obsequio de grandes fines morales, no hay desorden, no hay falta, no hay nada que castigar; hay sí un desprendimiento loable, una abnegación sublime, que lejos de que merezcan ser calificadas de *mal*, deben al contrario ser miradas como un *bien*; y *bien* muy raro que dispensa Dios á los hombres privilegiados á quienes se propone distinguir del común de los mortales.

Es esto tan cierto, tan conforme á la sana razón y á los sentimientos del corazón humano, que tan pronto como se ofrece á nuestra vista un fenómeno semejante, le admiramos, le contemplamos con entusiasmo; y el solo pensamiento de condenarle, nos pareciera una profanación sacrilega.

En todos los pueblos de la tierra se ha reconocido esta

verdad, porque en todos se ha rodeado de veneración y acatamiento la austeridad de la vida, la práctica de las virtudes más contrarias á las inclinaciones de nuestra naturaleza. Recórred las páginas de la historia, atended á las lecciones de la experiencia, prestad oído á las voces más íntimas del alma, y en todas partes hallaréis la misma enseñanza de que el hombre moral es aquel que domina los instintos animales, el que los sojuzga de tal suerte que nada les consiente de contrario á la ley eterna: y que el hombre perfecto, el hombre por excelencia, es aquel que llega á sofocar esos instintos hasta tal punto, que se olvida de su cuerpo, y sólo piensa en el cumplimiento de sus deberes, en sacrificarse por Dios y por sus hermanos.

Y entonces, se nos dirá, ¿cómo se cumplen los deberes que cada cual tiene consigo mismo? ¿Cómo? muy sencilla es la respuesta. La historia está llena de vidas consagradas al culto de Dios y al servicio de la humanidad, y que sin embargo no duraron menos que las del común de los hombres. Y es que el ardor de la caridad no destruye la prudencia; ni el secreto de conservar la salud y alargar la vida está en la satisfacción de los instintos animales.

Casos hay ciertamente en que el hombre entregado á los impulsos de virtudes superiores quebranta su salud y abrevia su vida; pero recuérdese que no hay profesión, no hay ocupación de ninguna clase en que no pueda suceder lo mismo. Dominado el hombre por un vehemente deseo, no siempre advierte que se daña á sí propio; pero ¡dichoso daño el que se acarrea al cuerpo por querer caminar más aprisa en el camino de la virtud! ¡dichosa abreviación de la vida, la que nos hace entrar más pronto en la mansión de los justos! A los hombres de caridad ardiente que sacrificaron sus vidas por el bien de sus semejantes, la religión los coloca sobre los altares, la humanidad agradecida les consagra monumentos y les erige estatuas.

A pesar de la inexactitud de su definición, el Sr. Cubí ha tributado un homenaje á nuestra doctrina. A los instintos que sólo miran al interés propio y presente, los apellida

animales; á los que atienden al ajeno ó futuro, los denomina *morales*; esto, como hemos visto ya, es inexacto y hasta falso; pero ¿qué es lo que ha dado ocasión al error? es, sin duda, el carácter de sublime moralidad que consigo lleva la abnegación y el desprendimiento.

No creemos que el Sr. Cubí tenga nada que objetar á lo que acabamos de exponer; esperamos que abundará en los mismos principios; porque no podemos persuadirnos que profese doctrinas que tiendan á quebrantar el vuelo del espíritu y á sufocar los más nobles sentimientos del corazón.

Otro día proseguiremos nuestra tarea, escribiendo sobre la Frenología el tercero y último artículo.—*J. B.*

POLÉMICA RELIGIOSA.

No siendo fácil proporcionarse ejemplares de un escrito sobre el Celibato del Clero Católico, publicado por el autor de esta *Revista* en 1839, y sabiéndose que algunos señores suscritores desearían su lectura, se inserta á continuación, tal como en aquella época salió á luz en el periódico de Madrid, que había publicado una especie de programa invitando á discutir la importante cuestión sobre las ventajas religiosas, morales y políticas de dicho celibato.

REFLEXIONES SOBRE EL CELIBATO DEL CLERO CATÓLICO

EN PARANGÓN CON LA FACULTAD DE CONTRAER DE LOS PROTESTANTES.

I.

Alzado en Alemania el grito de revolución religiosa, proclamada la libertad de conciencia, hollada la autoridad del Sumo Pontífice, niveladas las jerarquías, y quebrantados enteramente todos los lazos de la disciplina eclesiás-

tica, fácil era prever que, abandonadas las pasiones á la merced de sus violentos impulsos, sacudirían desde luego el molesto freno de una santa austeridad; y que no serían parte á contener sus arrebatos las consideraciones de puro miramiento. Así fué en efecto; y el hombre que se había puesto al frente de la pretendida reforma no tardó en dar tan escandaloso ejemplo, consumando con impudente osadía el nefando atentado de un doble sacrilegio. ¡Baldón eterno para la enseña del error y del cisma, que desde el momento de enarbolarse se viera ya rodeada del asqueroso cortejo de la corrupción y del escándalo! Desbordáronse sin freno las pasiones, quitáronse la máscara hipócrita con que se habían encubierto, y tratóse de erigir en doctrina lo que no había sido más que un crimen. Tal es la condición del hombre: las pasiones le arrastran hasta el fango de la corrupción y de la miseria; vuelto en sí se avergüenza de su ignominia; y entonces el orgullo, siempre fecundo en recursos para disculpar un extravío, llamando en su auxilio las cavilaciones de una razón veleidosa y flexible, improvisa un sistema, crea una doctrina, esforzándose de esta manera en sustraer la afrenta del culpable á la severa y penetrante mirada de la virtud y del buen sentido.

A la luz de estas reflexiones, que presentan en toda su desnudez el verdadero origen del matrimonio de los ministros protestantes, debiera de parecer extraño que se haya querido parangonar semejante miseria con la veneranda austeridad del clero católico. Infiérese también de aquí, que á la supresión del celibato entre los ministros protestantes no presidió ningún pensamiento de reforma religiosa, moral ni política; sino que todo fué obra del desfreno de las pasiones, un efecto muy natural de la relajación que debía de introducirse entre los reformados, una vez sacudido el yugo de la autoridad; siendo después muy consecuente el que declamasen con furor contra el celibato del clero católico, por la misma razón que las aguas de una avenida impetuosa se embravecen contra el robusto dique que las embaraza en su precipitada corriente.